

# LA EFIGIE DE BELMONTE

POR RAMON GOMEZ  
\* DE LA SERNA \*



**E**FIGIE es cualquier cosa que representa una cosa real y verdadera, pero parece que no es efigie hasta que no toma cierto carácter definitivo y solemne, más de medalla que de busto.

Esta medalla que el notable escultor Raúl Pro—del que ni hay que decir que es un hombre de pro—ha hecho á Belmonte, en Lima, ha conseguido que el célebre torero pase á otra categoría y tenga lo que en sentido honorífico se llama «efigie».

Circula en el Perú, el país de los «soles», una emisión de la medalla representativa que le hace á Belmonte monarca de un extraño reino, gloria inmortal de la antigua Roma, más gladiador que torero.

Tengo en mi poder una de esas medallas representativas que me acaba de llegar de allá, y la doy vuelta en mis manos como si la buscara un sentido oculto.

¿Es que puede ser la medalla de un torero?

¿Es la efigie de un héroe nacional? ¿Es que al luchar con la bandera roja clavada en el asta corta de la muleta, lucha por su patria y hasta pasa por el albur de morir por ella?

Yo sé que nunca habréis visto la efigie de un torero tan convertida á la seriedad y la representación, como en el relieve de una medalla, ese relieve de moneda que suele tener troquelada la cabeza del rey.

Es desde luego sevillana esta moneda, como ella misma lo dice claramente. Pero sevillana y todo, adquiere un valor grande su efigie, porque ni para fabricar una moneda sevillana se escoge una carátula cualquiera y que no simbolice nada. (La del Gallo resultaría falsificación sevillana de una moneda francesa, pues tendría que figurar en el reverso el Gallo, simbólico también de Francia.

¿Qué *Johanni* será este *Johanni* de la medalla?—se pregunta uno llegando á dudar que sea Belmonte, sospechando que sea alguien que se le parezca.

¿Habrá habido un antecesor de Belmonte con su mismo perfil y su mismo gesto de voluntariedad y desdén reunidos? Porque el apellido Belmonte no aparece en la inscripción de la medalla.

Realmente, muestra esta medalla de bronce—también se hicie-

ron algunas de plata y una en oro para el representado—lo que de Belmonte quedará como representación del héroe, la mordida y levantada silueta que se troquelara en recuerdo de los que sepan que existió. Todo héroe se destaca como relieve discreto y suficiente de medalla, y esta interpretación numismática de Belmonte le hace entrar en parangón con todos los demás héroes, reyes, obispos, inventores.

El panteón columbario de las medallas los acepta todos, pues para el numismático no es falsa ninguna de las que llegaron á troquelarse, y las busca y las acepta todas.

Belmonte va á ser guardado ahora en las vitrinas de las medallas, que será lo que más permanencia tendrá en los museos, lo que suele catalogar un cura paciente, y el público mira inclinando la cabeza como en señal de vasallaje ante las vitrinas repletas.

Ese escultor que ha esculpido para el troquel la imagen de Belmonte, y que le ha dotado de «efigie», le ha hecho el mayor servicio de perpetuación.

Belmonte se ha hecho, por lo menos, el rey de los toreros con esa medalla que muestra la tenacidad de la mandíbula que suele dar el imperar.

Se comprende frente á esa medalla, mejor que nunca, lo que hizo de cosa única, afirmada en medio de las competencias, conseguida en medio de la unanimidad de las multitudes y de la aseveración de los cronistas.

Ningún torero perdurará en la vitrina de las «efigies» singulares. Los demás tienen una máscara típica ó pintoresca, algo completamente anecdótico.

Ya está amedallado Belmonte.

Ya no se le puede sacar en hombros—ha dicho bien Priego—; ahora hay que sacarle en carroza ó en una especie de silla cunil que se invente para el caso.

Es posible que haya alguna vez tan gran sequía, que la multitud, agotados todos los recursos, saque á los ases del toreo para ver si así llueve, si conmueve á los cielos ese paseo procesional de sus ídolos.